

Relato _____

Hamartia

Adriana Páez- Pumar¹

Abrió los ojos. Y fue entonces que pudo asegurarse de que todo lo que estaba viendo hasta entonces se trataba de un sueño, y que en realidad, no estaba en casa. Era un nudo de brazos y piernas junto a él y todo estaba bien. Porque cuando estaba con él, todo en su vida parecía adquirir un sentido y orden. Miró atentamente a sus manos entrelazadas, y la fuerza inconsciente que él hacía entre sueños para mantenerla cerca de él y no dejarla ir. Escuchó su respiración tranquila y uno que otro ronquido por lo bajo, se tomó todo el tiempo de esa madrugada para admirarle, y grabar a fuego cada detalle de él en su memoria. Dormitó a ratos también para no despertarle, pero lo que hacía era pensar. *¿Qué es lo que va a pasar ahora?* Todos los eventos del día anterior parecían un mal recuerdo lejano, pero la *verdad* era que todo efectivamente había sucedido. La interrupción en su clase de historia, aquella chica ridícula gritando que nos íbamos a morir todos y la decisión en colectivo de irse temprano para evitar cualquier tipo de exposición innecesaria. Y el pensamiento en común de que aquellos hijos de puta sabían desde hace mucho más tiempo que el país estaba infectado. La carrera al metro, el estómago revuelto, las miradas nerviosas hacia los pasajeros y un par de imbéciles que tosían de manera histérica. Y que al parecer, todo el mundo tenía tapaboca y guantes, más que sentido común.

Los tobillos y las piernas le dolían aún por correr y pasar tanto tiempo de pie. Trató de estirar un poco sin despertar a su prometido. *Vaya visita más atropellada*. Pero habían quedado precisamente ese día para estar juntos, qué culpa tenían de que al otro lado del mundo las personas comieran porquerías extrañas y dieran paso a ésta clase de cosas. Pero el hecho es, que no quería seguir pensando, no quería y ya. Siempre que pensaba demasiado las cosas, terminaba llorando y no quería llorar en ese preciso momento. Se acurrucó aún más contra su cuerpo desnudo y escondió su rostro en su pecho, como una niña asustada. Cada vez más el sol se iba apareciendo por la pequeña ventana de la habitación, el sol en El Valle siempre tenía un aspecto frío por las mañanas, y la tranquilidad era tan que se sentía casi

¹ Estudiante de la licenciatura en artes plásticas de la Universidad Nacional Experimental de las Artes, Caracas, Venezuela. Correo electrónico: mafaldapaezpumar@gmail.com

anormal. *Qué vas a saber tú de tranquilidad.* De pensar en volver, y la cantidad de tiempo que estaría en casa, le daban náuseas. Respiró profundo, queriendo grabarse también el olor de la habitación y el de su piel.

Lo abrazó tan fuerte que terminó por despertarle, pero se hizo la dormida y fingió voltearse entre sueños para darle la espalda y seguir su descanso. Rato después lo sintió levantarse y salir de la habitación. Esa soledad momentánea le dio pánico, y apretó fuertemente los ojos llamándolo con el pensamiento para que volviera a su lado, para que la abrazara. El corazón entró en súbita calma al sentir sus manos acariciándole y los besos en su hombro, e hizo como si le hubiera despertado. Le recibieron sus ojos y la calidez de su piel oscura, diciéndole que era hora de desayunar y de vestirse, pero sabía que era mentira y que desayunarían muchísimo después.

El metro no se sentía igual, nada se sentía igual. No sabía porque el camino hacia la estación de autobuses le estaba rompiendo el corazón, y no podía decir nada, sentía que decir más de dos palabras terminaría por quebrarse y lloraría toda la amargura que sentía por dentro. A pesar de todo el día estaba precioso, e incluso, el vagón iba con poca gente y no daba lugar al caos habitual. *Esto tiene que ser un mal chiste.* Él le estaba comentando sobre unos proyectos, unos videos que había visto y cómo poner en práctica para sus trabajos lo que decía nosequién para ver qué tal resultaba. Ella no decía nada, simplemente se dedicaba a mirarlo y sonreír con melancolía de verle tan emocionado y guapo como siempre. El camino a Gato Negro fue como andar en patineta, balanceando el cuerpo y aferrándose a los pies para no tocar nada más en el vagón y verse expuestos.

De un momento a otro estaba sentada en el autobús, con la mochila apretada contra el pecho y mirando por la ventana, pero él no estaba allí, no se había quedado esperando a que partiera el autobús. Era lo mejor, porque no sabían que podría pasar después o si cerrarían las estaciones. Pero seguía mirando, con la esperanza de ver su rostro sonriéndole y lanzándole besos hasta que el camión se pusiera en marcha.

Aunque en el camino, la mayoría de la gente seguía como si nada por las calles, no pudo evitar que le parecieran detestables. ¿Quién iba a pensar en ir a la playa en un momento así? ¿Por qué los marginales sentados atrás no dejaban de gritar vulgaridades por la ventana? Si como decían, que el virus constaba de una depuración poblacional, pensándolo bien, tal vez no vendría mal. Tragó en seco una aspirina e intentó guardar la calma hasta que el autobús pasara por todos los túneles y carreteras que debía, hasta oler el mar y ver aquella estatua de pez rojo enorme y continuar su camino de pie a casa. Ya extrañaba el clima templado de la ciudad, el calor húmedo nunca le había gustado, sentía que se asfixiaba y se cocinaba por dentro. Al tocar la puerta de metal, su padre le abrió la puerta, con un gesto trágico en la cara. No le dio mayor importancia, su papá era un dramático independientemente de la situación.

Al bañarse, la piel le quedó roja de tanto frotarse el jabón. ¿O eran las marcas y mordiscos? como fuera, no vaya a ser que aquel mal se le hubiera pegado en cima como un fantasma e infectara a todo el mundo acá ahora. Se encontraba exhausta, aún no se acostumbraba a las maromas corporales a la hora de amar y quedaba molida cada fin de semana. Pero recibió con gusto el dolor en sí, y lo acogió con devoción, sin tener la certeza de cuándo volvería a sentirse de esa manera de nuevo. *Amada*. Se acostó y se arropó hasta la cabeza a pesar del calor asfixiante, finalmente, rompió a llorar

Una jaula, aunque sea de oro, sigue siendo una jaula. Pero la casa no era de oro, ni siquiera de vulgar latón y tampoco era algo poético como una jaula. Era como vivir en una caja de fósforos húmeda y estrecha, apilada sobre más cajas descascaradas y blandas, con chiripas apiladas dentro. Pero no eran chiripas, era "familia", siempre se lo recordaba su mamá y le decía que se callara, que la podían escuchar. Y claro que todo se escuchaba, no había ni un ápice de maldita privacidad en todo el edificio. *Todos te escuchan, todos te miran*. Las primeras semanas una normalidad parcial se sentía en el ambiente, pero no pasó mucho hasta que todo se fuera degradando a la miseria humana poco a poco. A nadie le importa nadie, nadie quiere a nadie. Ella misma ni siquiera sentía algo de simpatía por sus consanguíneos, únicamente su abuela y su familia inmediata. Sentía lo que se avecinaba, y la responsabilidad que caería sobre ella tarde o temprano.

Se hizo cargo, y procuró mantener todo en orden en la casa y en la mente de su madre también mientras papá no estaba. Unos días limpiando, otros cocinando y todos ellos buscando agua con la carreta kilómetros a distancia desde casa. No entendía, porqué todo ello estaba sucediendo, o porqué los profesores de la universidad mandaban una descomunal cantidad de trabajos como si uno tuviera todo el tiempo del mundo. *Nunca tengo tiempo para nada*. Muy a su pesar, por sus ganas de cursar todas aquellas materias y aprender todo lo que quería, terminó cursando unas pocas, y aún se le hacía cuesta arriba.

En un momento, la rabia se le hizo costumbre y le daba igual todo el mundo, había pasado su vida preocupándose de buena fe por los demás, casi considerando la vida eclesiástica (*Mala maldita idea, menos mal que no*) y le habían agradecido dándole la espalda o hundiéndola hasta que no quedara nada de ella. Entonces, ¿qué le importaba la casa? ¿qué le importaba todo el mundo? Nada parecía importarle a nadie, ni a los profesores que ella estuviera partiéndose el culo en casa, ni a los que vivían con ella por verla desgastarse cada vez más y por las noches no pudiera dormir.

Sólo encontraba paz, cuando oía su voz al final del día y las palabras parecían abrazarle y calmarle el corazón. *Sácame de aquí*. Sólo su recuerdo le hacía no morirse, y guardaba la esperanza de verse llena de besos de nuevo y descansar la tristeza en su pecho un sábado por la mañana mientras le hacía café. Solamente él importaba. No sentía hambre ni rabia cuando le oía, y todo estaba bien a su lado. Y fue cuando le vio por la pantalla, que sintió que alma le volvía a la vida y que llorar no era malo.

Los meses seguían pasando en lo que parecía semanas. ¿Sería el mismo año? Había llenado libros y libros de poemas y cartas, que tal vez nunca le daría. Recordaba haber pasado las últimas semanas en cama, sin moverse ni caminar; el trabajo de mula le había pasado factura. Y su mamá comprendió, que debía dejarle descansar, en el susto de haber sentido que su hija *la útil*, se le iba. No recordaba cuántos periodos habría tenido en lo que iba de año. *Dos cada quince días, a veces una semana completa; soy un charco de sangre.* Habría preferido una amenorrea que un desajuste hormonal de esa magnitud por el estrés y la ansiedad. Tampoco la comida ayudaba en su estado, debía reconocerlo, pero no quería pensar, ya no.

Poco a poco, el cuerpo fue sanando. Y aprendió a caminar de nuevo como muchas veces había que tenido que hacerlo. Tenía la certeza de haber entregado las tareas, pero no recordaba, y volvió en sus pasos a ver que había sido de su vida y saber qué hizo ella y qué no; miró hacia atrás. Y por vez primera en todo ese tiempo, tomó un lápiz, y dibujó su existencia toda, casi sin quererlo, casi sin pensarlo

Amar de lejos es martirio. Cantaba en su cabeza todos los días, no recordaba casi su voz, y el sonido que le ofrecía el teléfono a diario no se sentía como él. No es y nunca será lo mismo. Sin embargo, seguía queriéndole como el primer día, y se llenaban de promesas y recuerdos cuando la nostalgia les rompía a ambos el corazón. El recuerdo del calor de su piel parecía un sueño lejano, como si jamás hubiera existido. Pero sí que había pasado, porque lo recordaba, y lo sentía, a pesar de todo lo recordaba.

Otra cosa que se sentía como un recuerdo vago era el sabor de la carne y la comida cliente. ¿Había probado ella alguna vez aquellos platos? ¿O sólo el hambre no la dejaba pensar bien? Tenía sueño, y la boca la sentía pastosa, mientras escribía cómo había sido la porquería de vida que llevaba y la porquería de pandemia, para una tarea cuyo propósito no entendía. *¿Quieren que demos lástima también?*

Pero no podía dormir, tenía que pasar el semestre como diera lugar, para luego pasar al otro y al otro y así sucesivamente para luego poder irse de la caja de fósforos por fin. Eso sí que se sentía como un sueño. Pensó, que vivir en un suceso histórico no era la aventura poética que la mayoría de los personajes históricos relataban en sus memorias. No lo era, y ya no le interesaba vivir algo “históricamente importante” para tener qué contar los años próximos hasta el día de su muerte.

Ya suficiente tenía con haber nacido en el país que nació en la época que le tocó, y en la familia que le tocó, en la vida que le tocó. Nunca se le hizo costumbre, nunca se le hizo normal las cosas que había vivido y sabía que no lo eran. No era normal el hambre, menstruar 3 veces al mes, estar enferma para siempre, estudiar a medias, amar de vez en cuando y que la juventud se le truncara por culpa de otras personas.

Lloró muchísimo ese año, como nunca antes lloró y odió. Un mañana, sin saber porque, sembró dos pepitas de una planta que no conocía, y crecieron y crecieron, hasta que terminaron por morir también. Y se ocupó en ello para mantenerse despierta. El sol que brillaba ya no le

molestaba, el calor era agradable, y la orquesta de gritos y maldiciones de la caja de fósforos hacía cada vez menos eco en su alma y su conciencia. Las pesadillas como el odio mermaron y se supo libre de ellas; volvió a leer y se empapó completamente de arte y la vida misma. Se entregó de lleno a la naturaleza que tanto había amado: a los árboles, sus insectos, el mar y las olas. Volvió en sí, a su misión de dar vida y sanar sin importar su propio dolor y desdicha.

No sabía qué había cambiado, porque el malestar continuaba, seguía encerrada y peleando por vivir. Pero una razón tenía para continuar, varias razones. No quería darle muchas vueltas, se subiría en esa ola de bienestar (tal vez momentáneo, tal vez perpetuo) para atar los nudos sueltos y sembrar raíces nuevas que cambiaran éste mundo podrido en el que se encontraba, en esta vida de mierda que le tocó.

Dejaré entonces, miles de vidas aguardando en la tierra, para que mis niños puedan vivir y regenerarse. No habrá mal alguno ni maldición humana que pueda destruirles. Sin importar si yo muero, si mis pulmones se hinchan y explotan de enfermedad. Soy todo gracias a ustedes, y por ustedes he de morir cuidándoles

Sabía que había mucho más por vivir aunque no le gustara, pero no podía dejar que sus creaciones murieran junto a ella, ellos sí merecían vivir. Tomó todos los analgésicos que necesitaba para sentirse humana. El recuerdo de aquellos ojos oscuros y la piel tatuada le hizo enamorarse como la primera vez, y renovaron sus votos a la distancia. Lo tenía todo si tenía amor, y si se tenía a sí misma dando vida. No había enfermedad ni fin de mundo que la detuviera de amar y de crear. El cabello como sus esperanzas de escapar seguían creciendo. Y adivinó en sí, una nueva belleza inusitada, de su propia alma y erotismo. Y supo que en efecto, nada más importaba

No importaba más nada, porque estaba viva.